



SI ME FUERA DADO VOLVER A SER PROFESOR



Manuel Suárez González
Tres Cantos, Marzo de 2008

N.º
22

Madrid, 2008

El mes de julio del año pasado conmemoré el 45 aniversario de la docencia de mi primera clase, impartida a un estudiante, vecino de mi aldea, que debía preparar los exámenes de setiembre, porque había suspendido las asignaturas de Griego y Latín. Durante estos nueve lustros, fatigué con más o menos intensidad, y de manera directa o indirecta, las aulas, las tarimas y mesas del profesor, dedicado a la educación, enseñanza, docencia y orientación de los jóvenes, y también de adultos en horario nocturno.

Considero, por tanto, que tengo derecho, quizás obligación, de resumir esa andadura en unas notas de reflexión y evaluación, a modo de memoria o balance de mi vida activa, ahora que empiezo la etapa de jubilado. Digo aquello de obligación, porque si ayudo, al menos a un novel en las tareas docentes, a no caer en la misma piedra y aprender de los errores ajenos, mi consejo habría sido de provecho, y el nuevo profesor avanzaría largo trecho en su camino hacia la consecución de la sabiduría.

Voy a recapitular, a modo de inventario, unas pautas de comportamiento, (el orden de las mismas no pretende tener un significado especial), como marco amplio y flexible, en el que discurriría mi currículo didáctico-pedagógico, si me fuera dado volver a empezar, como cuarenta y cinco años ha. Es un juego mental o recreación de lo imposible que sólo vale, en cierto modo, para tranquilizar la conciencia de mi culpabilidad, que me escuece cuando recuerdo lo que hice mal, y sobre todo, cuando pienso en lo que pude haber hecho y no hice. Sabemos que nadie tiene el poder de cambiar el pasado; sólo el olvido y el sueño de lo quimérico sirven de lenitivo ante el dolor por el mal cometido y ante la pena por el tiempo perdido.

Primera pauta. **Suspendería a menos alumnos, o mejor, no suspendería a nadie que quisiera aprender algo.** He suspendido a muy pocos alumnos (salvo a quienes hacían méritos sobrados para no llegar al aprobado). Pero, si comenzara de nuevo, desterraría para siempre el suspenso en las notas o calificaciones. Y no lo haría porque quisiera presumir de "juvenilista", es decir, para congraciarme con los que son dominados por la pigracia, o con aquellos que no dan importancia a la disciplina de la constancia, o con quienes no muestran un mínimo interés por el trabajo. Aprobaría a todo estudiante que asista a clase, que realice

los ejercicios o actividades, y que demuestre una disposición para aprender. El argumento para defender mi postura es bastante sencillo: *quien asiste a clase, estudia* (algunos - pocos- estudian sin venir a clase); *quien estudia, aprende* (ciertos privilegiados aprenden sin estar en el aula), *quien aprende, sabe* (aquí no caben excepciones: se sabe lo que se aprende) y *quien sabe, aprueba* (o debemos aprobarle.) Por tanto, el aprobado ha de ser general. El que quiera más nota, que se esfuerce más, y le será dada.

Nunca fomentaría la competitividad a tan temprana edad. Los jóvenes se distinguen por su generosidad, solidaridad y magnanimidad. Les sobra vitalidad y ánimo. Son depositarios del tesoro máspreciado, cual es la infinitud de posibilidades que tienen por delante. Son ricos en tiempo; no sienten la preocupación o la angustia de su falta o escasez. Un joven, por tanto, es la antítesis de la tacañería, la desconfianza o el miedo. No mira a su compañero como el opositor que le quitará un hipotético puesto de trabajo, una exigua beca o un lucrativo negocio. Los jóvenes que estudian en nuestros institutos no tienen dibujadas, en su frente ni en su alma, las cicatrices originadas por los engaños, traiciones y bajonazos que los adultos van recibiendo con el decurso de los años. ¿Qué motivos existen para que los padres y profesores activemos la competitividad antinatural, la oposición desaforada, o la carrera obsesiva, con el fin de que logren las mejores notas, incluso con el peligro de convertirse en egoístas e insolidarios compañeros?

Segunda pauta. Escucharía más, mucho más, a los alumnos y compañeros. Advierto ahora que he vivido durante bastante tiempo encerrado en mi torrecilla, cual reyezuelo desconfiado y engreído. He padecido una sordera aguda durante demasiado tiempo. ¡Grave error! Mientras uno mantiene el espíritu sordo, malgasta un tiempo precioso; desaprovecha grandes y frecuentes oportunidades de enriquecer su mente, crecer en conocimientos y aprender nuevas alternativas para solucionar problemas, por citar solamente algunas pérdidas.

Los compañeros docentes saben más de lo que creemos. Está demostrado que cada cual suele ser más que notable en su materia o especialidad. He vivido "junto", pero no siempre "unido" a las personas sabias que me tocaron en suerte. He desoído a menudo el consejo del filósofo: "si no eres sabio, únete a los sabios que algo aprenderás". ¿Qué pueden enseñar los alumnos, si ignoran aún lo que deben aprender?

preguntara alguno. Los alumnos nos dan lecciones más importantes de lo que podemos imaginar. Es obvio que saben mucho menos de la materia o asignatura que el profesor. Sin embargo, incluso en el campo de nuestra propia especialidad, nos ayudan a reconocer el pulso de la calle y el movimiento de nuevas corrientes de actuación que imperan en la sociedad. Si dejamos de lado la asignatura, es incontable el número de ocasiones en las que nuestros alumnos nos instruyen y son maestros del maestro.

La edad no admite excepciones ni concede indultos. Al entrar el primer día de clase de cada año escolar, una evidencia nos deslumbra: los alumnos empiezan en el instituto con doce años y nosotros con un año más a nuestras espaldas. Así curso tras curso, hasta que la distancia se hace ofensiva y casi abismal: profesores que son 50-52 años más viejos que sus alumnos (por ejemplo, un alumno de 1º de la ESO tiene 12 años, y su profesor puede tener 64). Por mucho interés y afán que derrochamos en estar al día, es obvio que cualquier alumno de la ESO, que suspenda muchas materias, nos da cientos de vueltas sobre los giros y expresiones del lenguaje, las nuevas aplicaciones de la informática, las posibilidades en el mundo audiovisual, el enfoque y tratamiento de situaciones conflictivas, las soluciones a problemas en la calle y la familia, y así en muchos otros temas.. ¿Cómo es posible explicar cualquier asignatura, sin saber algo de lo que está pasando en la calle?

El reto de todo educador es llegar a conocer, de verdad y sin reservas, qué piensan los alumnos de los profesores, de sus explicaciones, de su manera de comportarse y, lo es que más importante, saber de qué hablan, qué les interesa, qué les mueve, qué aspiraciones y expectativas mantienen, qué problemas les preocupan, en qué se afanan y fatigan.

Tercera pauta. Trabajaría en colaboración y en equipo, y promovería las tareas de los alumnos por grupos. Esta pauta está muy ligada a la anterior. Por un falso y ridículo prurito de sabelotodo, ocultamos, y no reconocemos ante los demás, los fallos, las carencias, lo que nos falta por conocer y saber. Si el profesorado trabajara en plan cooperativo, provocaría mucha más sinergia, dado que tenemos los mismos compañeros y alumnos, y los frutos serán más notorios.

La historia de la humanidad explica de manera sobrada que la fatiga resulta más llevadera y la carga más ligera, si se comparten. Ahora que tengo tiempo libre, dedico algunos momentos a leer el diccionario

Larousse, pues dicen que es un fármaco eficaz contra el mal de Alzheimer. No intento aprenderlo de memoria, cual papagayo ocioso, sino relacionando los datos, fechas, principios, nombres. Si empezara de nuevo, lo aprendería de memoria relacional, pues, entre otras consecuencias favorables, te hace humilde, al ser consciente y aceptar que uno no sabe nada, o muy poco, incluso de la especialidad propia.

El motivo radical del trabajo en común es, por un lado, el reconocimiento de las propias carencias y lagunas y, por otro, la actitud de humildad ante la necesidad de ayuda y colaboración de los demás. Quien presume de saberlo todo, y no reconoce sus limitaciones, busca un atajo para hacer el ridículo en numerosas ocasiones. Los componentes de un claustro de profesores y el grupo de los alumnos en el aula son como conjuntos corales o de teatro, en los que nadie es imprescindible, pero todos son necesarios, para que la obra sea representada con éxito. Si juntos se sobrellevan los problemas, es lógico y natural encontrar las soluciones con mayor rapidez. La educación y formación de los jóvenes debería ser el paradigma de trabajo en equipo, integrado por padres, profesores y los propios alumnos.

Cuarta pauta. Disfrutaría mucho más con los detalles pequeños y positivos, las situaciones agradables, los chistes y bromas; en general con los momentos alegres que nos ofrezca la convivencia de muchos años. Me ha faltado el buen humor, y la disposición de reírme en serio, y a menudo, de mi mismo. He mostrado la cara larga y el ceño fruncido, con demasiada frecuencia. Me he dejado dominar con facilidad por el exabrupto, la regañina, y la corrección mal enfocada y peor dirigida. ¡Cuántos momentos perdidos ¡ Cuántas risas reprimidas, cuántas sonrisas abortadas, cuántas palabras encantadoras no pronunciadas, cuántas baladas no cantadas...! El gesto inquisitorial, la "mayestas" estirada, el verbo cortante, la mirada hosca, demuestran debilidad y miedo. La autoridad del profesor ha de ser moral, y todo lo demás vendrá por añadidura. No se trata de vencer, sino de convencer (conseguir los objetivos con los otros). Imponer, coaccionar, y exhibir a menudo la razón de la fuerza, conduce al fracaso y la frustración. Si me fuera dado volver a empezar, fomentaría el exquisito y buen humor en clase; desterraría la carcajada estentórea y vacua; exigiría la declamación de poemas, la recitación de lecturas agradables, el teatro-forum, el canto sereno y afinado, y otras muchas actividades que provoquen alegría y la actitud de agradecimiento por los regalos que la vida y la

sociedad nos ha proporcionado. La planta del buen humor ha de ser regada con un talante de gratitud hacia todos los que contribuyen al bienestar de los alumnos y profesores. Millones de niños y jóvenes, en la actualidad, no disponen de un 10 por ciento de los medios, recursos y oportunidades de las que disfrutaban nuestros estudiantes.

Quinta pauta. **Me dedicaría por entero a la tarea de aprender, de seguir aprendiendo, para ser más persona y dar ejemplo a los alumnos.** Pondría en práctica lo que tantas veces he repetido a mis alumnos: aprender es cuestión de hacer un poco de esfuerzo, armarse de una pequeña dosis de constancia y paciencia, y seguir una metodología bastante sencilla. Todas las personas que llegaron a destacar en el mundo de las ciencias, letras, artes, o deportes, se han esforzado, han mantenido la perseverancia, y han actuado de acuerdo con el método que sus maestros les enseñaron. Viviría una situación de correspondencia por gozar del privilegio de aprender y saber en todo momento. La auténtica juvenilización radica en la posibilidad y puesta en práctica del aprendizaje continuo y duradero. ¿Cuántas profesiones ofrecen la oportunidad tan maravillosa de repasar y profundizar en lo conocido, aprender nuevas teorías, principios y hechos, experimentar nuevas soluciones y alternativas, proyectar e idear increíbles posibilidades? En consecuencia, me dedicaría en cuerpo y alma, sin descanso ni tregua, a la tarea de enseñar-aprendiendo, de manera dialéctica e integradora. Alguien dijo que se enseña mejor lo que se necesita aprender, y que se aprende mejor lo que hay que enseñar.

Sexta pauta. **Me centraría en pocos objetivos y actividades fundamentales; andaría menos disperso. En otras palabras, abarcaría menos y apretaría más.** Pretender estar en todo, y a la última, se paga muy caro. Experimentar todo lo nuevo que otros teóricos elucubran, sin haber contrastado con los tiempos y medios suficientes, máxime cuando se trata de la enseñanza-aprendizaje de personas, es cuanto menos una temeridad injustificable. Cambiar de opinión es de sabios, pero ser prosélito incondicional de muchas de las que se publican, o escuchan, es de veletas e insensatos. Sería más prudente, por tanto, a la hora de aplicar teorías y modelos pedagógicos en el aula. Sin duda que los profesores nos encontramos, como Ulises, entre Escila y Caribdis en bastantes situaciones, y no siempre es fácil salir airoso en el arte de impartir clase en el aula. En una palabra, hay que probar para quedarse con lo bueno, pero sin excesos ni a tontas ni a locas.

No me resisto a decir algo en relación con los viajes. Siempre fueron mi debilidad y mi sueño. Sin haber leído aún la Odisea, intuía que la vida es un

viaje creado y alimentado de sueños. Sin duda mi afición por la Geografía me ayudó en esta andadura. No me arrepiento de haber aplicado el mensaje de Machado "He andado muchos caminos, / he abierto muchas veredas; / he navegado en cien mares, / y atracado en cien riberas". ¿Debería haber viajado menos? Quizás. Como bien dice el Tao: el sabio conoce sin viajar "(y el necio ni viajando se entera- digo yo-). No obstante, mientras no se demuestre lo contrario, viajar, al ilustrado modo de los sabios, sigue siendo un ejercicio saludable e instructivo. Es compatible viajar, ver, conocer nuevas gentes y paisajes, con la quietud imprescindible y la serena reflexión. Saber por qué y para qué viajamos, tener claros los objetivos a conseguir, andar sosegados y receptivos, pueden ser algunas de las claves para un aprendizaje permanente y fructífero.

Séptima pauta. Confiaría más en la gente, y por tanto en los alumnos. En caso de duda, siempre me atendería al principio de presunción de inocencia y a favor del más débil. La suspicacia o la desconfianza perjudican al alumno, con harta frecuencia, cuando surgen situaciones de conflicto o de tensión. Si recibiera el privilegio de revivir, sería un profesor "bienpensado" en todo momento. Los malos pensamientos contra los alumnos hay que apartarlos cual tentaciones peligrosas. No se adelanta nada con ser un malpensado. De la misma forma, nunca hemos de ser envidiosos ni envidiados, como decía el poeta. La desconfianza y la envidia son compañeras fáciles para entrar, pero pertinaces y tozudas en salir. ¿Qué se gana con la desconfianza? Muy poco. Como es lógico no se trata de ser imprudentes o ingenuos. La confianza que se fundamenta en la justicia aplica el principio de ecuanimidad y longanimidad.

Octava pauta. Estaría más atento a las diferencias y tendría en cuenta la diversidad de talentos que cada cual posee, con preferencia manifiesta por aquellos que menos tienen. Siempre me rebelé ante la injusticia de suspender a determinados alumnos porque, "como lleva ya cinco suspensos también la mía, pues tiene una nota dudosa y así estudiará a fondo". Ese suspenso añadido, que el alumno no esperaba, le hará tanto daño que nunca olvidará. Me venía a la memoria aquellas peleas de los vaqueros del Oeste, en que el caído e indefenso seguía recibiendo patadas y escupitajos gratuitos. Por otra parte, cada cual tiene una existencia única e irrepetible y, en consecuencia, posee cualidades, aptitudes y capacidades exclusivas, casi divinas. Descubrir las y desarrollar las habría de ser la tarea primordial del maestro o profesor.

Promovería el interés, la motivación, por la originalidad de cada alumno en el ámbito apropiado; y apostaría con él y su familia, para ayudarlo en tal desafío.

Novena pauta. **Valoraría con equidad mi misión y llevaría con sano orgullo mi profesión y labor de profesor.** Por fortuna pertenece al pasado, (los alumnos de ahora no lo conocen más que en la literatura) el dicho aquel de "Pasar más hambre que un maestro de escuela". Este refrán, define de manera cabal y justa el nivel cultural de la sociedad que lo repite. No obstante, es bien sabido que la labor docente está un tanto desprestigiada y minusvalorada. Gentes, con un nivel cultural raspado, pero con fuerte poder adquisitivo, miran por encima del hombro, y a veces con cierta compasión, a los profesores de sus hijos. Quienes a duras penas soportan a sus hijos durante un fin de semana, y les permiten empacharse de video-juegos y películas, critican incompresiblemente a los maestros porque disfrutaban de muchos días de vacaciones y de algún puente. Inclusive se discute sobre el sueldo que gana un profesor, cuando todo el mundo acepta (o envidia) el margen de beneficio, excesivo en muchos casos, de otros profesionales y hombres de negocios. Es todo un síntoma del valor y reconocimiento que se da a la educación en un país. Los ciudadanos que no agradecen a sus maestros lo que les han enseñado quedan juzgados. No es extraño, pues, que transmitan a sus hijos el poco aprecio y el desdén hacia el profesor. En el pecado llevarán la penitencia, pues el hijo aprenderá también a ser desagradecido y poco practicante de los consejos y enseñanzas de sus propios padres. No es cuestión de ser un pedante y creerse el más sabio, porque soy un profesor que he estudiado una o dos carreras universitarias, o he aprobado la cátedra para dictar y enseñar. Sencilla y llanamente se trata de ser lo que soy: un profesor, un artista y un maestro. Mientras nuestros alumnos no nos digan como los aficionados a los toros "así se torea, maestro", algo está fallando. Si no nos llaman maestro con la misma emoción y sinceridad que a los toreros, es que aún no hemos conseguido la valoración debida. Por supuesto, hay que luchar por conseguirla, hay que merecerla.

Décima pauta. **Sería menos permisivo en la fundamental y menos exigente en lo secundario.** Sin duda, he pecado de permisivo o blando ante situaciones que debería haber corregido con rigor y sin vacilaciones. Confundir la verdadera tolerancia, el respeto por los demás, el cumplimiento de normas básicas, a causa de una permisividad atolondrada y sin sentido, no conduce a nada positivo en ningún campo, y

menos en la enseñanza de los jóvenes. Las faltas de convivencia y de comportamiento en el aula (por ejemplo: ser impuntual de manera reiterada y sin motivo, hablar sin permiso, carcajear, molestar a los demás, reírse del profesor o compañeros, responder con exabruptos, protestar por todo y sin razón, no participar en el trabajo, no hacer los deberes, interrumpir a destiempo, sentarse de manera inadecuada...y hacer otras cosas peores, que no hace falta enumerar) **no deben permitirse**. Y si los padres y la sociedad a través de los debates y opiniones televisivas lo aceptan, se pagará caro. El aula es el laboratorio en el que, además de enseñar y aprender a saber-saber y a saber-hacer, ha de enseñar a saber-ser y comportarse. Por tanto, es un foro donde se practica los valores y conductas, donde hay que dar las oportunidades necesarias con los fallos y errores, pero las justas y cabales. No obstante, la comprensión, es decir evaluar el conjunto de las situaciones más o menos conflictivas, habría de ser una actitud permanente a la hora de actuar. Quizás las características más cuidadas de la responsabilidad de los adultos sean la comprensión y la magnanimidad que la acompañan. En este sentido, hay que hilar muy fino para lo que es secundario, accidental, poco importante para la educación, no ocupe un tiempo precioso o nos distraiga con preocupaciones intrascendentes.

Undécima pauta: Practicaría las obras de misericordia con un criterio adecuado a los tiempos modernos. Haría una profunda revisión de las mismas. Sé de sobra que están denostadas y despreciadas, entre otras razones, porque la lectura equivocada e interesada del mensaje evangélico las ha vuelto rancias y arcaicas. Pero ahí están. Podemos leer el capítulo 25 de san Mateo, contemplar las pinturas de Miguel Ángel sobre el Juicio Final en la Capilla Sixtina, o escuchar la música de la misa "De Réquiem "de Mozart (traduciendo el latín). Ahí están, golpeando las conciencias y convocando a dar una respuesta ante los lamentos de los desposeídos y marginados que viven en los estercoleros de la tierra. Son cada día más numerosas las personas que no creen en religión alguna y las practican de manera callada y comprometida. Las obras de misericordia estarán siempre más acá y más allá, por encima y por debajo, de las obligaciones legales y ciudadanas que exija el bien común. La vida agitada y apresurada de hoy nos facilita toda clase de excusas para dar un rodeo, mirar para otro lado, o decir que el Estado lo solucione, puesto que pago los impuestos... y un sin número de razones, cuando advertimos que la injusticia, la violencia o la rapiña de unos arrebatan el derecho a una vida digna de otros.

Si relacionamos las obras de misericordia con la enseñanza, casi todas tienen una aplicabilidad notoria. De hecho, al profesorado se le exige que ponga en práctica muchas de esas obras, sobre todo, las denominadas espirituales. La sociedad actual cuanto más inmisericorde se muestra con los niños y jóvenes, se vuelve más exigente para que los profesores lleven a cabo una serie de actividades que, en el fondo, recapitulan la vetustas obras de misericordia, pero dándoles nombres técnicos y pedagógicos. Así el maestro o profesor no sólo debe "enseñar al que no sabe" sino también "al que no quiere aprender"; tarea ardua, e incluso contradictoria. Debe "consolar al triste", incluyendo a quienes no son conscientes de su profunda tristeza. "Corregir al que yerra", inclusive cuando el alumno no distingue la verdad del error. "Dar consejo al que lo ha de menester", también, por supuesto, a quien cree que no lo necesita; dar buenas órdenes y malos consejos lo hace cualquiera; dar buenos consejos y pocas órdenes lo hacen solamente los verdaderos maestros.

Tampoco me olvidaría, en determinados casos, de practicar las obras de misericordia corporales. Hay alumnos que pasan necesidades, otros tienen a sus padres o familiares directos en paro, o pasan muchos apuros para llegar a fin de mes, o se hallan enfermos, presos, o son emigrante con problemas. Me preocuparía de pensar en estas ideas, y de ponerlas en práctica, haciéndolas compatibles con la lucha incesante en pro de los derechos humanos. Es evidente que evitaría la ostentación fatua, la hipocresía vacua, y la superioridad vana. La mano derecha no debe enterarse de lo que hace la izquierda.

Duodécima pauta. Me volcaría en vivir de acuerdo con las tres pasiones que han regido la vida de B. Russell.

Leamos con calma unas líneas en las que aclara el "*Para qué he vivido*".

"Tres pasiones simples pero abrumadoramente intensas, han gobernado mi vida: el ansía de amor, al búsqueda del conocimiento y una insoportable piedad por el sufrimiento de la humanidad. Estas tres pasiones, como grades vendavales, me han llevado de acá par allá, por una ruta cambiante, sobre un profundo océano de angustia, hasta el borde mismo de la desesperación.

He buscado el amor, primero, porque conduce al éxtasis, un éxtasis tan grande, que a menudo hubiera sacrificado el resto de mi existencia por

unas horas de este gozo. Lo he buscado, en segundo lugar, porque alivia la soledad, esa terrible soledad en que una conciencia trémula se asoma al borde del mundo para otear el frío e insondable abismo sin vida. Lo he buscado, finalmente, porque en la unión del amor he visto, en una miniatura mística, la visión anticipada del cielo que han imaginado santos y poetas. Eso era lo que buscaba y, aunque pudiera parecer demasiado bueno para esta vida humana, esto es lo que -al fin- he hallado

Con igual pasión he buscado el conocimiento. He deseado entender el corazón de los hombres. He deseado saber por qué brillan las estrellas. Y he tratado de aprender el poder pitagórico en virtud del cual el número domina al flujo. Algo de esto he logrado, aunque no mucho.

El amor y el conocimiento, en la medida en que ambos eran posibles, me trasportaban al cielo. Pero siempre la piedad me hacía volver a la tierra. Resuena en mi corazón el eco de los gritos de dolor. Niños hambrientos, víctimas torturadas por opresores, ancianos desvalidos, carga odiosa para sus hijos, y todo un mundo de soledad, pobreza, dolor convierten en una burla lo que debería ser la existencia humana. Deseo ardientemente aliviar el mal, pero no puedo, y yo también sufro.

Eso ha sido mi vida. La he hallado digna de vivirse, y con gusto volvería a vivirla si se me ofreciese la oportunidad"

Qué profesor no estaría dispuesto a firmar que su propia vida y la sus alumnos crecieran en sintonía con estas tres pasiones de las que nos habla B. Russell. Si me fuera concedida otra oportunidad no tendría la menor duda. Me rompería en la búsqueda y práctica de estas tres pasiones. Creo que merece la pena.

Manuel Suárez González

Tres Cantos, Marzo de 2008



direccion@mpazm.es
www.mpazm.es

Declarada de utilidad pública

C/ Valverde, 32
Tel. 91 758 96 88
Fax 91 559 06 79
28004 MADRID

